tonio Mesto, en Génova. Salud y fraternidad.—A. Bertani.—B. Cairoli.—A. Mario.—Luis de Celli.—Antonio Mosto.»

Durante aquellos dias, la prensa francesa, los órganos ministeriales de Turin, y algunos diarios de Lóndres, comenzaron á criticar á Garibaldi, diciendo entre otras cosas que era un buen guerrero, pero que no servia para político, y que habia dado una prueba de su debilidad al dejarse dominar por la influencia de ciertos hombres cuyas opiniones eran contrarias á los principios que él habia proclamado. Los diarios de todas las capitales de Alemania, copiaron la crítica, añadiendo de su propia cosecha cuanto les pareció conveniente, y aseguraron que el ex-Dictador carecia de práctica y esperiencia en el mero hecho de no aceptar la política de Ratazi, á quien apoyaba Víctor Manuel, merced á la influencia francesa. Todas estas imputaciones eran inmerecidas: Garibaldi queria una política determinada por parte del gabinete de Turin, basada sobre el principio proclamado con su antiguo grito de guerra: Italia unida bajo Victor Manuel, y no es cierto que favoreciese, ni en un sentido ni en otro, los proyectos de los republicanos. Cierto es que el ex-Dictador apreciaba á Mazzini, pero no eran las mismas sus opiniones, ni se conformaba tampoco con sus planes, pues amaba lealmente á su soberano, por mas que aborreciera á la camarilla de intrigantes y mercenarios que le rodeaba de contínuo. Garibaldi no tenia la menor confianza en los agentes políticos de Turin, escepto en el representante de Inglaterra. nacion que despues de Italia, era para él la mas querida.

Algunos de nuestros lectores podrán creer que hablamos con parcialidad de Garibaldi, y que somos injustos al reprobar el espíritu de oposicion que encontraba siempre en Turin, pero si nos quedára espacio para ello, citariamos los asertos de varias autoridades respetables para probar que al ex-Dictador no le importaba que el rey y su gabinete obrasen con lentitud y prudencia, con tal que su política fuera despejada é invariable, y se limitase á la libertad de Italia desde los Alpes á los Apeninos.

Un caballero (1) que conocia muy á fondo los acontecimientos de

aquella época, escribió la pura verdad, demostrada con testimonios irrecusables, al hacer sus observaciones sobre ciertos hechos tales como la negativa del rey cuando Garibaldi le pidió un año para restablecer el órden en Nápoles, la recepcion del partido ministerial de Turin al presentarse el ex-Dictador para ocupar su puesto en la cámara, y la conducta que con él observaron los consejeros anti-liberales del soberano. Hé aquí lo que dice el cronista:

«Creo que el rey hubiera accedido gustoso á los deseos de Garibaldi, pero los consejos y observaciones de los intrigantes y de todos aquellos que deseaban ocupar algun elevado puesto en las regiones de la política, bastaron para disuadirle y para que no se tuvieran en cuenta los ofrecimientos de un hombre á cuyo llamamiento hubiera respondido la Italia entera, escepto los políticos y los que no eran verdaderos patriotas.

«Cuando abandonó la isla de Caprera para presentarse en el Parlamento como representante de un pueblo, ¿ qué recibimiento se le hizo?

«No contestaré á esta pregunta porque no me gustan las recriminaciones ni la crítica, pero habiendo tenido oportunidad y medios de saber con certeza lo que pasó detrás de la cortina, me limitaré á decir, que si como hombre de honor me fuera permitido producir los documentos y justificantes que se hallan á mi alcance, estoy seguro que la opinion pública, lejos de pronunciarse contra el héroe por lo que ahora hace, reprobaria altamente la conducta que con él han observado los hombres que, despues de engañarle y hacerle traicion, le enviarian con gusto á un destierro ya que no al cadalso.

«Repito que me seria doloroso hablar mas claramente, pero si se me exigiese que precisára mis palabras, no vacilaria en hacerlo para que juzgára el mundo.

«Es inútil asegurar, como se hace diariamente, que Garibaldi se halla bajo la influencia de tal ó cual personaje, oscilando como un péndulo entre monárquicos y republicanos, entre el partido extremo y el moderado, porque no es así ni se ha dado nunca este caso; el general tiene sus opiniones é ideas y no ha variado de modo de pensar desde que yo le conozco, ni creo que variará nunca, y resulte lo que

⁽¹⁾ Guillermo de Rohan,

quiera de lo que él haga, suyo será el mérito ó la falta. Estoy seguro de que nadie en el mundo podria conseguir que el ex-Dictador se apartára ni un ápice del camino que se ha propuesto seguir, una vez tomada su resolucion, porque antes de formar un proyecto, medita detenidamente y á nadie dá cuenta de él hasta el momento de obrar.

«Mucho se ha dicho acerca de que Garibaldi es un soldado y no un político, pero á esto contestaré yo con una pregunta: ¿Cuándo ha tenido una oportunidad para probar su aptitud como hombre de gobierno?

«Organizar instantáneamente elementos tan desordenados como opuestos entre sí, establecer la unidad de accion, corregir los vicios, aunar las opiniones y los intereses, tanto públicos como privados, estirpar los abusos que los tiranos han patrocinado durante un período de ocho siglos, era una tarea que el mas hábil político hubiera juzgado muy difícil si no imposible, y siendo así, ¿porqué se ha de estigmatizar á un hombre, que como Garibaldi, carece de las ventajas que dan la posicion, la educacion ó la riqueza, y que solo se precia de ser honrado y de amar á su patria? ¿Porqué se le ha de criticar cuando despues de haber vigilado durante dos años á ciertos hombres, se queja de sus intrigas, de sus manejos ó de su traicion? ¿Nó tiene acaso el derecho de titularse el Libertudor de Italia?

«Puedo decir, sin cometer una indiscrecion, que habiendo conocido intimamente á Víctor Manuel, me ha parecido siempre un hombre de carácter franco y de reconocida rectitud, pero así como Garibaldi, tiene el defecto de fiarse demasiado de ciertas personas en quienes no deberia depositar su confianza. Hablo con conocimiento de causa al decir que conozco bien cuales son los sentimientos del rey en varios puntos, y por lo tanto, deploro que haya permitido durante algun tiempo ciertas cosas, si bien espero que llegue pronto la hora en que obrará por cuenta propia para ser mas bien rey de los italianos que rey de Italia. Lo cierto es, que ningun soberano ha tenido un servidor mas fiel, mas leal ni mas adicto que Garibaldi, pero tampoco tan malos ministros, salvo alguna escepcion.»

Hay motivos para creer que en el verano de 1862 consistia la política de Francia en influir con el Gobierno de Turin á fin de que con sus medidas y su conducta hácia Garibaldi, pusiera al partido de acción en el caso de acometer alguna empresa, pues si llegaba á ser necesario tener que reprimir un movimiento, podria hacer falta el apoyo de aquella potencia, y de este modo aumentaria la influencia del Emperador en Italia.

Precisamente por entonces, Napoleon indujo á Rusia y á Prusia á que reconocieran á Víctor Manuel como rey de Italia, pero el objeto principal era que este último no apoyara cualquier movimiento revolucionario ni medida alguna de los garibaldinos que pudiera promover otra guerra europea.

La política de Francia dió buenos resultados, pues Italia quedó sujeta al carro triunfal del Emperador Napoleon.

Garibaldi creyó que Inglaterra se aprovecharia de la proyectada empresa para ejercer su influencia en Paris, á fin de inducir al soberano á que abandonase á Roma, en cuyo caso se uniria Inglaterra con S. M. imperial para conseguir que Austria cediese á Venecia. Tan intrincada era entonces la política, y de tal modo estaban combinados los partidos, que no se podia censurar al ex-Dictador por haber creido que habia llegado el momento de resolver la crisis de una vez y despejar la situacion.

Probablemente, en ningun periódico de Europa ni en discurso alguno de los que se pronunciaron en los Parlamentos de Londres, Turin y Paris, se dió á conocer tambien y con tanta claridad el statu quo ante bellum, como en un artículo publicado en la Revista de Londres cuando Garibaldi se puso de nuevo en campaña. He aquí lo que decia:

«Garibaldi ha llegado á ser una de las potencias de Europa, ó mejor dicho uno de sus representantes: para semejantes hombres, nada es absolutamente imposible, pues no se trata de un aventurero desconocido que á la cabeza de una cuadrilla de mercenarios intentara hacer la guerra á los ejércitos de Francia. El Bayardo de la revolucion va acompañado por todas partes de su poderosa influencia, y seria un desastre que los franceses tuvieran un choque con el ejército de la revolucion italiana, así como lo seria tambien que Italia consiguiese humillar por una vez el orgullo del pueblo francés. Pero aun deben llenarse muchas páginas del libro de la historia antes que

Garibaldi encuentre las águilas imperiales bastante cerca del Vaticano para poder disparar sobre ellas, y no debemos ahora considerar cual seria el resultado de un encuentro entre las indisciplinadas tropas del Libertador de Sicilia y las aguerridas legiones del Emperador; la cuestion es saber que efecto produciria en Italia y en Europa ver á Garibaldi otra vez con las armas en la mano y gritando: ¡Roma ó la muerte!

«No deja de ser estraño que el Emperador francés no sepa apreciar las consecuencias de un movimiento revolucionario mas allá de los Alpes; al parecer, la ocupacion de Roma por sus tropas no tiene otro objeto sino conservarse en buen lugar con el partido católico para mantener la paz en Europa, pero cuando hable alto la voluntad nacional de Italia, veremos que partido tomará. No creemos que el Emperador francés pueda romper impunemente con la nacion italiana para verse amenazado de nuevo por los puñales de otros nuevos Orsinis. Hasta aquí ha tolerado Italia la intervencion, pero Garibaldi pide ahora en nombre de la patria que cese aquella, y un hombre tan prudente como Napoleon, cuidará seguramente de evitar el escándalo de un rompimiento con la nacion á la que ha prestado tan eficaz apoyo. Hasta ahora ha tenido una escusa para conservar su posicion en el Tiber. mas ahora se vé en la alternativa de aceptar la guerra civil y la anarquía en Italia, ó de abandonar esta potencia á sus protectores naturales. Acaso no tema aceptar lo primero, pero entonces cometeria un error fatal. De todos modos, Garibaldi desea cruzar el Rubicon, por mas que esponga su vida y su fama en tan arriesgada empresa.

«No es nuestro ánimo pronosticar cual será el resultado de los proyectos del ex-Dictador, pero si Francia ha de retirar su ejército de Roma, no será porque Italia se halle tranquila, sino porque se temeran grandes trastornos ó acaso una conmocion europea. Bastante tiempo ha tenido Napoleon III para consultar su dignidad y la de la nacion cuyos destinos rige, y ya es tiempo de que piense en asegurar la paz que puede interrumpirse de un momento á otro mientras las tropas francesas permanezcan en la ciudad eterna. Nosotros no suponemos que al patrocinar la ocupacion se proponga algun fin perverso; se comprende que no quiere desistir de un plan político formado hace tiempo

mas al fin será preciso que ceda de su empeño, pues de lo contrario, él será el único responsable de la sangre vertida y de los trastornos que ocurran. Roma ha sido arrebatada á los italianos, y estos tienen derecho á recobrarla; al enarbolar la bandera de la independencia, Garibaldi hace una cosa que puede desagradar á Francia y otras potencias, y por lo tanto es natural que el pais considere la cuestion bajo otro punto de vista. Si se frustran los proyectos de Garibaldi, no se compromete á nadie, ni mucho menos al obsequioso gabinete de Rattazi, y si sale victorioso, la Europa entera le proclamará como un héroe y un gran patriota. En cuanto al gobierno de Turin, no puede mostrarse muy escrupuloso respecto á las formas despues de haber aceptado las consecuencias de la empresa que acometió el general hace dos años, y si se consiente que Garibaldi anexione reinos, derecho tiene para enarbolar en su nombre el estandarte de la independencia nacional, pero de todos modos, seria mejor para Italia haber salido ya de un estado de cosas tan anómalo, si bien es preciso resignarse hasta que termine. Esto no podrá suceder mientras no se desista de la ocupacion francesa, y debe tenerse presente que si Inglaterra se ha abstenido tanto tiempo de intervenir, lo ha hecho solo por consideraciones á Francia y por no herir ciertas susceptibilidades. Nuestra conducta será amistosa y conciliadora, pero si Lord Palmerston se interesa por la libertad y la paz, tratará de que se oiga la voz de Inglaterra, pues no podemos renunciar á nuestros derechos como una de las primeras potencias de Europa. Ha llegado el momento de obrar: la ocupacion francesa pone en peligro la paz del mundo y las futuras libertades de Italia, y no es mucho decir que estas libertades dependen ahora principalmente de la línea de conducta que debe trazarse el gobierno inglés en tan críticas circunstancias.»